

160. Ante el fenómeno del turismo

Asistimos en nuestros días a la explosión de un fenómeno social de características imponentes, como es el TURISMO, fenómeno que nosotros queremos mirar con ojos humanos llenos de simpatía, y también con ojos de fe, por las perspectivas que abre a la acción de Dios en el mundo.

Tengo a la vista el reportaje sobre la Bolsa Internacional del Turismo, que se celebraba en Milán al comenzar este siglo con la apertura del Tercer Milenio. Se abrió con 800 estantes de 140 países, en representación de unas cinco mil administraciones del turismo mundial (Avvenire, 15-II-2001)

Lo primero que nos advertía era que muy pronto el *turismo internacional* iba a desempeñar el papel de *protagonista* entre las actividades humanas.

Las cifras que presentaba eran impresionantes, a pesar —nos dicen los entendidos— de que estamos nada más que al principio de este fenómeno. Se nos dan unos números que parecen exageraciones infundadas, pero que no lo son, sino realidades muy concretas. Por ejemplo, ¿creeríamos fácilmente que el año 2000, con que se cerraba el siglo y el milenio, registró a nivel mundial la cifra casi astronómica de 0698 millones de personas que se movieron por el mundo en plan de turismo?

Si nos atenemos a los cálculos más prudentes, con un crecimiento anual del 4% (cuatro por ciento), nos dicen que para dentro de veinte años el turismo del principio de siglo se habrá más que duplicado, o sea, que pasarán muy holgadamente de los mil doscientos millones las personas que irán en busca de un rincón u otro del planeta para su vacación, su distracción, o su formación científica, humana y religiosa.

Estas cifras quieren decir que el turismo supondrá para el año 2020 hasta el 15 por ciento del movimiento económico mundial. ¿Qué pensar para finales de siglo? ¿Qué pensar del turismo a lo largo del Milenio que hemos empezado?...

El turismo afecta a todo el mundo. Si Europa estaba el año 2000 a la delantera con 350 millones de visitantes, se abrían también al interés de los turistas países hasta ahora olvidados de todos, países pequeños o pobres económicamente, pero de grandes riquezas naturales, humanas y espirituales.

¿Y qué buscan los turistas en sus viajes?

Su bienestar, naturalmente, como climas templados para su ocio o más aptos para su salud;

la buena gastronomía para su placer;

las maravillas de la naturaleza para su admiración;

las fiestas y los espectáculos para su disfrute;

el deporte para su desarrollo físico;

los congresos y convenciones para sus negocios o los seminarios para su formación.

Esto es ciertamente interesante, magnífico, digno, como un verdadero don de Dios al hombre.

Pero si innumerables agencias miran el turismo como fuente inigualable de pingües negocios, nosotros lo vamos a mirar ahora con criterios humanos y cristianos muy diferentes.

Como ciudadanos, nos interesa el turismo por el bien que puede traer a nuestro propio país. ¡Hay que ver lo bien que nos van las divisas que nos dejan los visitantes!

Por eso, cualquier colaboración con las autoridades es digna de toda alabanza, porque contribuimos poderosamente a la prosperidad de la Patria.

Este celo tan encomiable nos impone a todos el deber de portarnos con el turista de la manera más digna. Por el turista, y para impresionarlo agradablemente con nuestro país,

- somos cuidadosos hasta el extremo con nuestra ecología, y respetamos los bosques, las flores y los pájaros;

- cuidamos con esmero la limpieza de nuestras calles, de modo que cualquier visitante quede agradablemente impresionado de nuestra buena educación;

en el negocio —del hotel, del restaurante o del comercio— somos honrados, justos, delicados;

- en nuestro trato, notan todos educación, distinción, elegancia...

Un amigo, que había dado muchas vueltas por todo el mundo y conocía tantos países, hacía de la India este elogio tan ponderado: *Todos conocemos la pobreza de la India, aunque no sea más que por la historia de la Madre Teresa. Pues, bien, uno se da cuenta de que en la India hasta el más pobre tiene la distinción de un señor. Si se pudiera hacer de nosotros semejante elogio, veríamos cómo los turistas vendrían a nuestro país como las abejas a las flores mejores...*

Miramos aún más allá. Si en nuestro pueblo ve el turista cómo se respeta a Dios, cómo se practica la religión, cómo se observan en conciencia las leyes..., el turista se llevará de nuestro país la impresión más provechosa para su vida. Habrá admirado muchas cosas entre nosotros, —nuestros paisajes encantadores, nuestras iglesias y monumentos—, pero el ejemplo de nuestra fe permanecerá en él de manera imborrable.

El turismo de hoy lleva el sello de la internacionalización, de la globalización, de la ampliación sin fronteras en el tiempo y en el espacio, de modo que dentro de no muchos años el mundo se habrá abierto a todos y ojalá que todos lo puedan disfrutar por igual. Esto es un sueño dorado. El turismo ha de quedar abierto a todos, y no está reservado sólo para personas pudientes. Si nosotros lo miramos como un bien humano, ese bien les pertenece a todos sin distinción. Si es un don de Dios, Dios lo quiere para todos porque no se lo niega a nadie.

Aquel turista respondía a los reporteros al regresar de su vuelta al mundo: *¿Lo que más me impresionado?... El valor del hombre y la bondad de Dios, el Creador del mundo...*